TROYA

El tesoro de Príamo

SI BIEN LOS MITOS DE LA ANTIGÜEDAD son pródigos en relatos muy próximos a la fantasía, la época moderna ha tratado a menudo de buscar, más allá de estas narraciones, las pruebas que aporten un poco de realidad a tan hermosas leyendas.

Cuando en 1870, Heinrich Schliemann descubrió en el yacimiento de Hissarlik los primeros vestigios de una antigua fortaleza, tuvo la certeza de haber descubierto aquella Troya cuyo recuerdo obsesionaba a Occidente desde hacía dos milenios. Ya en 1776, el viajero francés Choiseul-Gouffier, ayudado por Jean-Baptiste Le Chevalier, declaraba haber localizado, bajo una colina cercana a Burnabashi, las ruinas de la ciudad, mientras que en 1801, los arqueólogos ingleses Edward Daniel Clarke y John Martin Cripps situaban Troya sobre una colina elevada cerca de Hissarlik. Schliemann, guiado por algunos elementos topográficos dejados un siglo antes por Clarke y Cripps, exploró aquella región occidental de Turquía, muy pobre en indicios. El paisaje es el de un tranquilo rincón campestre. Ciertos grupos de eucaliptos y olivos jalonan viñas bajo un sol ardiente. Cerca quedan el mar Egeo y los Dardanelos, como mucho a dos horas de marcha. En el silencio que amansa el lugar, resulta muy difícil convocar el recuerdo de las batallas, de la sangre derramada, de los incendios. Schliemann descubrió varios estratos de vestigios sepultados en el tiempo. Sus sueños se impusieron al afán científico cuando desenterró un sorprendente tesoro: joyas de oro, pendientes, pulseras, anillos y broches que le dieron la certeza de que se trataba de las joyas de la bella Helena. Sin duda, acababa de descubrir el fabuloso tesoro del rey Príamo. Schliemann ocultó su extraordinario hallazgo a las autoridades. No obstante, tuvo que restituir su botín. Poco importa que descubrimientos posteriores fueran a desmentir su hipótesis: había hecho renacer de sus cenizas la mítica Troya y devuelto la vida a sus héroes.